

sucumbido muchos; no nos arredran sin embargo los trabajos, sabiendo como sabemos, que el derrotero que, nos ha sido marcado, nos llevará de seguro á buen fin.

Pues bien, cuando nos presentamos ya como los bisoños soldados de las lides del porvenir, en esta Revista, cifra y compendio de nuestros adelantos y nuestras ilusiones, es preciso, que á la manera del cruzado, que en el sublime grito de ¡Dios lo quiere! expone de una vez sus móviles, sus armas y sus esperanzas, presentemos también el lema de nuestro escudo, la cifra de nuestros ideales y el fundamento de nuestra confianza.

Para nosotros, miembros de familias católicas, que pertenecemos á una sociedad católica y educados en un Colegio católico ¿podía haber duda? ¿qué mejor lema, que el Credo mismo de esa divina Religión nuestra, fuente de luz purísima, aliento en los trabajos y consuelo en las penas?... Sí, ese será el lábaro que seguiremos y defenderemos hasta morir y ese el faro que ha de señalarnos los ocultos escollos, que debemos evitar para no sucumbir sin gloria en la pelea.

Pero viviendo en unos tiempos de incredulidad y materialismo, en que á todo aquel que manifiesta algún ideal cristiano, se le suele llamar oscurantista y retrógrado, por los que, ó ne-
cia ó maliciosamente, no consideran cual ha sido el bienhechor influjo de la Iglesia Católica en la civilización del hombre; le hemos escogido también, porque nos es muy grato manifestar al mundo, en la manera en que nos corresponde, que no vamos con él, que no somos del campo enemigo, que tenemos la verdad, y amamos, y bendecimos y defenderemos siempre nuestras creencias católicas, porque ellas lejos de envilecernos y degradarnos, nos hacen más dignos de llevar el honrado nombre que de nuestros padres recibimos. Sí, la Iglesia Católica al abolir la esclavitud, dió al hombre la noción de su propio valer; al dignificar á la mujer, tornó el hogar en un santuario de amor y de ventura; al proclamar la verdadera libertad, al establecer la igualdad de todos los hombres ante Dios, al persuadir la caridad entre los prójimos, al señalar el divino origen de la autoridad y sostener la imputabilidad de las acciones ante el tribunal supremo, justiciero, inapelable de Dios, echó los firmes fundamentos de la sociedad; al santificar la ley del trabajo, indicó la vía del progreso, y al recoger, en fin, la herencia del saber y del arte de entre las ruinas del mundo antiguo, salvó para la humanidad la civilización y la gloria.

Así pues, si el creer en Dios y defender nuestras creencias, si el confesar que hay una causa primera, infinita y poderosa, á la que, en último término, van á reducirse todos los con-
rimientos humanos, si el apartarnos de un frío materialismo, de un absurdo escepticismo, ó de un insensato ateísmo que delan al alma sumergida en la duda más cruel, ó en la más des-
consoladora ignorancia, es ser oscurantista y retrógrado, retrógrados y oscurantistas quere-
mos ser.

No estamos solos por fortuna.

Sabéis quien era Pasteur? ¿sabéis cómo con sus admirabilísimos estudios microbiológicos hizo adelantar la ciencia médica, esa ciencia tan profanada por ineptas medianías ó nulidades orgullosas, que declarándose partidarios de la materia, se desesperan por no encontrar al alma con la punta de su escapelo? Pues Pasteur decía: «En buena filosofía, el nombre de causa debe ser reservado á la sola fuerza divina que ha creado el universo» y otra vez: «Es verdaderamente *insultar* al corazón humano decir con el materialista: la muerte es la nada.»

Y ¿tenéis noticia del eminente químico Dumas? pues Dumas afirma: «La ciencia no mata la fe, pero la fe, ménos mata la ciencia.»

Y ¿oísteis hablar de Faraday, el genio de la inducción eléctrica? pues Faraday exclama: «Dudar de las verdades divinas es abandonar la vida al azar; creer es darle su fuerza» «La noción y el respeto de Dios [vienen á mi mente por vías tan seguras como las que nos conducen á las verdades del orden físico.»

Y Ampère?... ¿oidle decir en sus conversaciones científicas con Ozanam, “¡qué grande es Dios, Ozanam, qué grande es Dios!”